

# CRÓNICAS

---

## PREMIO NACIONAL DE PAZ



# CRÓNICAS

---

PREMIO NACIONAL DE PAZ



**CRÓNICAS. PREMIO NACIONAL DE PAZ**

© Friedrich Ebert Stiftung en Colombia -Fescol-

© C3 - Centro de Competencia en Comunicación  
para América Latina y el Caribe

© Marta Ruiz

Calle 71 N° 11-90

Teléfono: 57 (1) 3473077. Fax: 57 (1) 2173115

Correo electrónico: [fescol@fescol.org.co](mailto:fescol@fescol.org.co)

[www.fescol.org.co](http://www.fescol.org.co)

Primera edición

Bogotá D. C., noviembre de 2010

ISBN: 978-958-8677-02-6

Producción editorial

Éditer Estrategias Educativas Ltda.

[ctovarleon@gmail.com](mailto:ctovarleon@gmail.com)

Diseño carátula: Camila Cesarino Costa

Fotografía de carátula: Augusto Rosas

Impresión: Editorial Gente Nueva

Impreso en Colombia / Printed in Colombia

# CONTENIDO

---

PRÓLOGO	
UNA PAZ ESQUIVA	VII
LOS SOBERANOS	1
<i>Patricia Nieto</i>	
VIAJE AL CENTRO DE LA TIERRA	19
<i>Nelson Fredy Padilla Castro</i>	
LOS HIJOS DEL PROGRAMA DE DESARROLLO Y PAZ DEL MAGDALENA MEDIO	33
<i>Luis Alberto Miño Rueda</i>	
EL ARDUO CAMINO DE LA RECONCILIACIÓN	53
<i>Margarita Martínez Escallón</i>	
MONTES DE MARÍA: PASÓ LA MUERTE PERO NO EL OLVIDO	67
<i>José Alejandro Castaño</i>	
BATALLA SIN FIN POR UNA FÁBRICA DE CHOCOLATE	79
<i>Marisol Gómez Giraldo</i>	
LOS HIJOS DE LA GAITANA SIGUEN CRECIENDO	89
<i>José Navia</i>	
UNA DIÓCESIS EN MEDIO DEL OLVIDO	103
<i>Alejandra de Vengoechea</i>	
MADRES CORAJE	115
<i>María Teresa Ronderos</i>	

<b>LA FAMILIA AUSENCIA</b> <i>Cristian Valencia</i>	<b>131</b>
<b>CUADROS DE ESPERANZA EN SAN VICENTE DEL CAGUÁN</b> <i>Pilar Lozano</i>	<b>145</b>
<b>EL ENFERMERO DE LOS SECUESTRADOS</b> <i>Alberto Salcedo Ramos</i>	<b>161</b>
<b>"HERMANO PARA SIEMPRE"</b> <i>Marta Ruiz</i>	<b>187</b>
<b>VOLVER A EMPEZAR</b> <i>Sandra Janer</i>	<b>199</b>

## PRÓLOGO

# UNA PAZ ESQUIVA\*

---

**E**n Colombia se han explorado muchos caminos para la paz. En las últimas dos décadas se han firmado varios pactos de negociación entre grupos armados y gobierno. Han sido, por lo general, acuerdos entre las cúpulas de poder que han llevado en ocasiones a pactos políticos importantes que, sin embargo, no han significado casi nunca la pacificación de los territorios.

El desarme del M-19, el PRT, el EPL, el Quintín Lame, y la CRS a principios de los años noventa desembocó en la transformación del marco institucional del país, con la Constitución de 1991. Sin mediadores, sin sociedad civil, estas negociaciones fueron pactos de desarme a cambio de garantías para la integración a la vida social y política, que se dieron en un clima particular. Veníamos de una violencia atroz y desconocida: la del narcoterrorismo. Indiscriminada, masiva y brutal, había doblegado a una parte del Estado y la sociedad. Por encima de esa violencia anárquica, cuyo móvil era la codicia, emergía una violencia política encarnada en los guerrilleros y en un Estado que había abusado en múltiples ocasiones de su fuerza.

---

\* Las crónicas publicadas en este libro fueron escritas durante el segundo semestre del año de 2009.

En contraste con la mafia, y en clara diferenciación con ella, los insurgentes y el gobierno hallaron en el acuerdo, en la concertación y en diálogo unos puntos de encuentro. La reforma de la Constitución y el mutuo perdón se abrió como camino imperativo para seguir adelante. Los adversarios se reconocieron como tales y se sentaron a la mesa a pactar una nueva constitución. La esperanza de una transición y de un nuevo pacto social colmó por lo menos momentáneamente las expectativas de un país que en ese entonces se identificó con la paz.

Pero la pacificación estaba lejos. No logró que se cerrara el capítulo de la rebelión insurgente. Por el contrario, mientras un sector de la política colombiana se encaminaba hacia el esquivo pluralismo y la consolidación de un Estado de derecho, las guerrillas que siguieron en armas se afincaron aún más en sus estrategias de guerra. Tanto el ELN como las Farc, pero especialmente estas, subordinaron cualquier movimiento y participación política a un plan para la toma del poder por las armas.

De otro lado, una serie de factores confluyeron para que los grupos paramilitares, otrora fraccionados y con dinámicas muy locales, se articularan en un proyecto nacional en el que hicieron simbiosis la violencia del narcotráfico, la de las élites políticas y económicas que se resistían a la modernización del país, y la de sectores derechistas que consideraban que las guerrillas podían ser derrotadas sólo si se las combatía con sus mismas armas.

Fue así como a finales de los noventa, un país bañando en sangre y agobiado por la pesadilla de las masacres, la toma de pueblos, los magnicidios y las desapariciones, se avocaba a una nueva negociación: la del Caguán. El escenario era completamente diferente al anterior. Para las Farc el diálogo no era más que un arma de acumulación en la guerra. Para el Estado, una manera de ganar tiempo y terreno mientras, con el Plan Colombia, las fuerzas armadas retomaban la iniciativa militar.

Mientras este juego de espejos se desarrollaba en los confines del país, con una puesta en escena dilatada y llena de incertidumbre, fuera de ese territorio surrealista donde se negociaba lo innegociable, el país vivía una orgía de muerte. En esos terribles años las víctimas



silenciosas esperaban a ver el desenlace. La geografía del país se transmutaba, con el desplazamiento; los ríos arrastraban decenas y miles de muertos. Los cementerios no podían guardar más sus NN. La esperanza de pacificación se diluyó en nuevas formas de violencia y su extensión a rincones del territorio donde no existía.

La regla general es que la sociedad civil ha sido un convidado de piedra en estas negociaciones, en las que el concepto de reconciliación ha sido apenas mencionado. El concepto de la paz como un pacto de élites ha sido revaluado por la experiencia. En Colombia cada pacto ha dejado violencias residuales que han hecho imposible el desarme total. Y ello ha sido así desde el Frente Nacional, firmado para ponerle fin a la guerra política con la alternancia del gobierno, y bajo cuya sombra creció la guerra insurgente, pasando por la negociación con las guerrillas de los años ochenta, cuyo legado tardío fue la nueva Constitución, pero que, por ser un pacto inconcluso e imperfecto, dejó abiertas las puertas de la guerra, que se agudizaría y tocaría fondo desde mediados de los noventa.

Quizá por esa triste condición, la sociedad civil empezó a crear sus propias experiencias de paz, muchas veces en contra del gobierno, que monopoliza este tipo de búsquedas. La idea de que las comunidades pueden hacer mucho por la paz, sin anuencia ni apoyo del Estado ha resultado incómoda en muchos momentos, pero ha mostrado un camino que tarde o temprano será valorado como lo que es, el cimiento de la reconciliación. Han sido personas anónimas, valientes y bien intencionadas quienes desde diferentes puntos de la geografía han hecho un concepto de paz integral que incluye frecuentemente el desarrollo, la búsqueda de un ejercicio pluralista y sano de la política y los derechos humanos. Miles y decenas de estas experiencias han florecido en el país, aún en los momentos más aciagos de la violencia. Se mantienen a pesar de los embates que reciben de los grupos violentos, o incluso a pesar de las propias desavenencias que surgen en su interior, como es natural en las obras humanas.

Justamente el Premio Nacional de Paz surge como un reconocimiento a la paz y la reconciliación que se construyen desde la base, en lo local, y no a la paz maximalista, tan esquiva como errática en el país.

Hay que reconocer que muchos de estos proyectos han estado animados, abiertamente o tras escena, por miembros de la Iglesia. Sacerdotes, monjas y grupos religiosos que han sido más que una mano amiga, casi un Estado de bienestar en zonas inhóspitas y olvidadas donde sólo ha llegado el hacha del colono, la coca, la violencia de los grupos armados y la bota militar del gobierno.

La mayor parte de los premios han sido otorgados en un período en el que desde el gobierno, y en especial el de Álvaro Uribe Vélez, se niega la existencia del conflicto y, por ende, de la negociación, y el país le ha apostado todos sus esfuerzos económicos y políticos a aceptar su maquinaria de guerra, confiado en que la Seguridad Democrática podrá derrotar a los grupos armados. Las comunidades muestran otra realidad y otro camino. Otra realidad, porque dan cuenta, como lo hace este libro, de que la crisis humanitaria persiste y las poblaciones están amenazadas por muchas fuentes de violencia nuevas y antiguas. Las mismas Farc que se dan por derrotadas, y los mismos paramilitares que se dan por desmovilizados.

Por eso, sin excepción, el relato presente de cada uno de los proyectos premiados es de lucha. Por la supervivencia, por la legitimidad, por abrirse espacio y ser visible en medio de una nube discursiva que niega el conflicto que ellos viven cada día.

Las comunidades han mostrado un camino diferente al de la muerte. Han construido conceptos más participativos de la seguridad y han elevado ideales como la democracia, el bienestar colectivo y el pluralismo, como estandartes de sus organizaciones. También hay individuos a los que se les ha premiado justamente porque su labor solitaria y tenaz se ha convertido en paradigma y ejemplo de resistencia o solidaridad.

No puede decirse que los premios de paz hayan logrado la pacificación de sus regiones. Sería mucho pedir. Pero sí han trazado una ruta y se han convertido en la primera piedra que tarde o temprano servirá para edificar un proyecto de reconciliación nacional. Un horizonte que parece todavía lejano.

MARTA RUIZ  
EDITORA

# BATALLA SIN FIN POR UNA FÁBRICA DE CHOCOLATE

---

MARISOL GÓMEZ GIRALDO\*

En lo profundo de las selvas del Caquetá, donde imperó por muchos años la coca, y el Ejército lanzó una ofensiva para desterrar a una guerrilla asentada allí desde hace décadas, una comunidad del Caguán decidió apostarle a la paz y al desarrollo a través del chocolate. Esta es la historia de Chocaguán, una de las organizaciones ganadoras del Premio Nacional de Paz en 2004.

---

\* Actualmente es Editora de la Redacción y de Informes Especiales de *El Tiempo*. En este periódico ha desempeñado varios cargos, desde corresponsal, hasta redactora y editora de sección y nocturna. Ganó los premios de periodismo Simón Bolívar en 2007 y CPB en el 2005 y el 2006. Es egresada de la Facultad de Comunicación Social de la Universidad Pontificia Bolivariana de Medellín, e hizo estudios de maestría en Ciencia Política en la Universidad de los Andes. Es autora del libro *Desterrados, cicatrices de la guerra en Colombia*, de Intermedio Editores. Su crónica “Dos hermanos en trincheras opuestas” fue incluida en el libro *Años de fuego, grandes reportajes de la última década*, de Planeta y la revista *Semana*, y es coautora del libro *Crónicas de secuestro*, de Ediciones B. Ha sido profesora de periodismo en las universidades Pontificia Bolivariana de Medellín y Pontificia Javeriana de Bogotá; y tallerista en la Universidad de los Andes, en la Universidad Sergio Arboleda, del Proyecto Antonio Nariño y de la Corporación Medios para la Paz.



Una traición o quizás un fantasma errante, nadie sabe a ciencia cierta qué desterró de las tiendas de Remolino del Caguán el chocolate de empaque rojo que todos querían comprar porque los llenaba de orgullo. Lo han visto muy poco en las estanterías de este lejano caserío del Caquetá, de sobrevivientes de las turbulencias de las Farc y de la coca, desde que Rubén Darío Betancur, el presidente del comité campesino que lo sacaba al mercado, cedió otra vez al espejismo del polvo blanco.

En marzo de 2006 el fantasma de la coca, que había reinado durante 25 años, aún vagaba por las veredas, tentando a los campesinos. En esa ocasión Rubén Darío cayó vencido. Terminó escondiendo nueve kilos del polvo entre las 100 cajas de chocolate que sus compañeros –ex cultivadores de hoja de coca que se habían convertido en cacaoteros– embarcaron ese mes como un nuevo testimonio de que en sus tierras crecía cacao.

Rubén Darío navegaba ya distante de Remolino sobre las impetuosas aguas del río Caguán, con la coca y el chocolate, cuando sintió el peso de la traición, o del fantasma errante. Nadie sabe. Se vio frente a los soldados de la Infantería de Marina, detenido y con el cargamento de chocolate también decomisado. Estaba junto a Peñas Coloradas, otro caserío del bajo Caguán que, a diferencia de Remolino, se dejó morir en el 2004 cuando empezó en la zona una operación militar de gran envergadura –el Plan Patriota– y se llevó a la ama y señora del lugar: ‘Sonia’, la guerrillera de las Farc detenida hoy en Estados Unidos.

La muerte de Peñas Coloradas, que desde el río se ve colgando de una pendiente con sus casas, tiendas y cantinas cerradas,

era un destino que Remolino no quería repetir. Lo había dicho Rubén Darío, los demás cacaoteros y los 8.000 campesinos que lograron echar raíces allí, a diferencia de los miles y miles que pasaron por el caserío cuando hubo bonanza, y cuando las Farc mandaban; y que después se fueron.

Remolinos tiene su historia. Desde ese pequeño puerto ordenaron las marchas cocaleras en 1996. Ahí negociaron en 1997 con José Noé Ríos, asesor de paz del presidente Ernesto Samper, la entrega de 60 soldados secuestrados en las Delicias un año antes. En ese lugar acordaron con Víctor G. Ricardo, en medio de la campaña presidencial de 1998, el encuentro entre el ex presidente Andrés Pastrana y 'Manuel Marulanda', que condujo al después fracasado proceso de paz del Caguán.

Los campesinos que se habían arraigado en Remolinos estaban dispuestos a mantenerse allí. Sin los guerrilleros, sin los narcotraficantes de Medellín y Cali, que a finales de los setenta los ilusionaron con la hoja de coca; sin ese Estado distante, que durante 30 años sólo se dejó ver ocasionalmente con ataques militares. Por eso habían llenado los campos con las semillas de cacao que desde 1989 el padre Jacinto Franzoi empezó a entregarles.

Al misionero italiano que tanto los acompañó no pudieron retenerlo para siempre allí. Un día cualquiera, cuando la plaza, las cinco calles y el muelle de Remolino quedaron en tinieblas, como ocurre cada noche a las diez cuando se apaga la planta de la luz, el padre Jacinto se fue a la cama decidido a que el Comité de Cacaoteros, o Chocaguán, siguiera su destino, sin él. El país había conocido a Chocaguán en 2004, cuando ganaron el Premio Nacional de Paz por su batalla contra la coca. Batalla que el padre había acompañado durante 18 años, remolcando el proceso cuando se detenía y ahora veía apagada la fábrica de chocolate, porque alguien se fue tras el hechizo coquero.

## CARTA DESDE LA CÁRCEL

El padre Jacinto llegó a Remolinos del Caguán a mediados de los años ochenta, cuando en los domingos de mercado el único producto que se vendía y compraba en abundancia era la coca, y cuando

el hoy solitario río Caguán parecía una autopista en un día de tráfico, porque llegaban los narcos en decenas de lanchas rápidas. Remolinos llegó a producir para ellos y para las Farc ochenta toneladas de base de coca cada semana.

—Hasta aquí llegué yo —le oyeron decir los campesinos al padre Franzoi en marzo del 2006. Pero dejó su sueño pegado en una pared de la casa cural de Remolinos y a él se aferraron los cacaoteros: *Oggi la Colombia esporta droga. Domani ci porterà cacao*. (Hoy Colombia exporta droga, mañana exportará cacao). Se lo saben de memoria en español. También Rubén Darío.

Cuando el chocolate que le decomisaron a Rubén les fue devuelto a los campesinos de Chocaguán, ya estaba dañado. El Presidente del Comité de Cacaoteros, desde la cárcel de Florencia, pidió perdón. El padre Jacinto y los campesinos leyeron una carta donde escribió su contrición, mientras se preguntaban qué fuerza extraña los empujaba hacia abajo, cuando ellos estaban empujando hacia arriba.

Perdidas las 100 cajas de chocolate, que iban para las tiendas de Florencia y las estanterías de Carrefour en Bogotá, esperaron la cosecha de otras plantaciones de cacao que se disputaban las tierras de Remolinos con la hoja de coca. A la sede de Chocaguán llegó al fin en noviembre del 2006 el anuncio sobre los nuevos frutos.

La fábrica volvió a prender la descascarilladora, la mezcladora y la empaquetadora, y un nuevo bote zarpó ese mes con otro cargamento de chocolate. Las aguas del río Caguán se lo tragaron.

Juan 'Picao', el capitán, no pudo hacer nada cuando zozobró, después de haberse chocado con una piraña de la Armada. Eso decía la noticia que llegó al muelle de Remolino, pasó por las tiendas, las calles, las fábricas, y terminó en la casa cural, donde el padre Jacinto, que seguía sin perder de vista a los cacaoteros, se llenó de amargura. Otros 16 millones de pesos de Chocaguán se habían deshecho en el inmenso río, pero esta vez no había de por medio pecado de sus campesinos. ¿El fantasma de la coca que se negaba a irse? Quizás.

Otro cacao dio frutos en enero del 2007, pasó por la fábrica para ser convertido en chocolate y el bote que lo sacaba de Remolino también se fue al fondo del río.

## LA SOMBRA DE OTRO FANTASMA

Con injertos, los campesinos habían logrado reducir a dos los tres años que demoraba en cosechar el cacao. Pero la victoria del grano sobre la hoja de coca solo llegaría cuando más plantaciones espantaran la posibilidad de una hambruna. Con los naufragios, esa posibilidad se hacía más remota, pues así como el chocolate no pudo remontar a Cartagena del Chairá, el municipio al que pertenece Remolinos, tampoco se pudieron traer de vuelta los insumos que harían crecer la fábrica de chocolate.

Por eso, aunque todos querían ahuyentar la persecución y las desgracias que dejaba la coca, y aunque los militares de la Brigada Móvil 22, instalados desde mediados del 2006 en Remolinos, erradicaban los cocales y restringían la gasolina y el cemento para evitar que procesaran la hoja; los campesinos, incluso algunos cacaoteros, encontraron la manera de convertirla en polvo blanco.

Con matas y malezas de la Amazonia reemplazaron la gasolina y el cemento y sacaron por trochas uno que otro kilo de coca para conseguir “la remesa”.

Arrinconados, pero presentes, seguían por esos caminos selváticos los hombres del ‘Negro Mosquera’, el jefe de las Farc que a comienzos del 2009 le entregó a la senadora Piedad Córdoba tres policías y un militar secuestrados. Mosquera era el que más cerca permanecía de Remolinos, ya que las operaciones militares habían desterrado de allí a ‘Joaquín Gómez’ y a ‘Fabián Ramírez’, miembros uno del Secretariado y el otro del Estado Mayor de las Farc.

Los guerrilleros seguían pasando por las casas de los campesinos que vivían más lejos y, como siempre, preguntaban por todo y daban órdenes. Allí, en la soledad de la selva, era imposible decir “no”, como se hizo muchas veces en asambleas en Remolinos, provocando la ira de las Farc. Allí no era posible la rebeldía que este atormentado pueblo aprendió del padre Jacinto, según dice el actual párroco del caserío, Angelo Casadei.

La sombra de las Farc, igual que el fantasma de la coca, perseguía a los campesinos y perturbaba a los militares de la Brigada Móvil 22. Y un día de mercado de mayo de 2008 se posó con toda



su oscuridad sobre el centro del caserío. La gente comenzó a sentir que, “a tientas”, los soldados se llevaban a campesinos, comerciantes y tenderos. Los militares decían que estaban cumpliendo con la orden de captura de varios supuestos guerrilleros. Se llevaron a 27 personas. Tres eran cacaoteros.

El padre Jacinto esperaba a prudente distancia que los campesinos demostraran solos lo que habían aprendido de las desventuras de la coca, no pudo contenerse y salió de la casa cural cuando ya por la plaza y las calles de Remolinos reinaba la confusión. Pero no pudo hacer nada. El helicóptero que llevaba adentro a los detenidos se perdió en el cielo del Caguán.

En ese momento él mismo fue acusado de auxiliar a las Farc. Poco después, ante la Fiscalía de Bogotá, no sólo respondió por él, sino que dejó constancia de que se estaba cometiendo una injusticia con casi todos los campesinos que habían hecho prisioneros.

En Remolinos la vida parecía acabada. De los directivos de Chocaguán sólo quedó Miller Ramírez. Los demás se fueron por miedo o cansancio. Y por orden de sus superiores, Franzoi regresó a Italia, decepcionado.

—Que quede en la memoria la historia de verdaderos protagonistas de páginas de heroísmo y cobardía, que para otros no fueron más que delincuentes hasta el punto de capturarlos y condenarlos —me escribió el padre Jacinto después desde Italia, cuando supo que yo volvería al bajo Caguán para contar qué había pasado cinco años después con los campesinos que habían merecido un Premio Nacional de Paz.

#### ‘EL NOBEL’ NO PASARÍA EN VANO

Entre las máquinas frías de la fábrica de chocolate y entre los muebles de la casa de puertas de madera y vidrio que se ve como una de cuento entre las de tabla y zinc de Remolino, seguían intactos los letreros que dejó el misionero italiano, que enseñaban que “el supremo arte de la guerra es dominar al enemigo sin luchar (sin combatir)” e invitaban a “vivir, pensar, trabajar y formarse como cacaoteros”.

Nadie pasaba por las puertas cerradas de esos dos lugares, sin sentirse orgulloso de que un grupo de campesinos hubiera hecho conocer en el país a ese pueblo ignorado, que había sufrido las guerras del Estado contra las Farc y los narcos.

Por eso, otros quisieron unirse a la siembra de cacao. Rubén Darío Montes, Jairo Ortiz, Hubernei Espinosa, José María Córdoba, Miguel Caicedo y Cielo Quintero decidieron acompañar al único sobreviviente de la junta directiva, Miller.

Con los días regresaron los tres cacaoteros que habían sido capturados. Al igual que a otros tenderos y comerciantes, no les probaron ninguna relación con las Farc. Hasta José María, que asumió como secretario de Chocaguán y a quien dijeron haber visto en una lista de futuros capturados, decidió quedarse: —A veces me pregunté si me iba, si me quedaba, pero confié en Dios, en la gente que me distingue y en la Parroquia.

Para los campesinos, “un premio Nobel”, como llaman al Premio Nacional de Paz, no pasa en vano, y las semillas de cacao tienen que seguir creciendo mientras la coca se marchita. Aseguran que ya se acabó un 90 por ciento de ella.

El padre Angelo se convirtió en el veedor del trabajo de Chocaguán, el mismo cargo que tenía el padre Jacinto, y Rodrigo Veláidez, un asesor agropecuario que los acompañó desde el comienzo, volvió a ser consejero del grupo. Pero la deuda de 32 millones que habían dejado los naufragios y también malas administraciones, mantenía cerrada la fábrica de chocolate.

Tanto las Farc, desde las sombras, como el Estado, deseoso de ser reconocido, ofrecieron dinero para que Chocaguán no muriera. La situación era tan grave que el grano que salía en el 2008 ni siquiera podía ser comprado.

Un jefe guerrillero les ofreció 60 millones, convencido de que los cacaoteros habían olvidado el mensaje del padre Jacinto. —Él nos enseñó dignidad e independencia y no recibimos esa plata —dicen ellos. Tampoco recibieron los 50 millones que ofreció Acción Social de la Presidencia, porque a cambio pedía que los cacaoteros garantizaran que nadie más iba a sembrar hoja de coca en Remolinos.

Ellos contaban con que ya muchos campesinos estaban sembrando yuca, maíz, arroz y frutas como el arazá y el noni, como en los tiempos en que nació el caserío, en 1977. También sabían que otros ya tenían comiendo pasto a las vacas y los terneros donde antes crecía coca. Pero la hoja solo será historia cuando esos cultivos y ese ganado garanticen plenamente la vida de la gente, dicen ellos.

La sustitución gradual y voluntaria de la coca ha sido un punto de honor para Chocaguán, organización en la que los incrédulos comenzaron a creer en el 2009, cuando el cacao ya tenía aseguradas 208 hectáreas en las tierras de 97 campesinos.

Veinte años después, los campesinos hacen con el cacao el trueque que hicieron con la coca en el pasado. En las tiendas lo cambian por panela, azúcar, aceite o sal. —Una hectárea de coca nos dejaba 30 millones de pesos al año, y una de cacao nos deja 6 millones, pero nos da tranquilidad —dice Hubernei Espinosa, que tiene siete hijos para mantener.

Cuando se escribió esta historia, a finales de julio del 2009, los cacaoteros esperaban 18 millones de pesos que entregaría la Alcaldía de Cartagena del Chairá, 15 más de la Gobernación del Caquetá y otra parte de la ONU, para reunir los 45 que necesitan para reabrir la procesadora de cacao. Ya no en Remolinos, sino en una casa cerca al muelle de Cartagena del Chairá, que les dejó comprada el padre Jacinto.

—Él nos dijo que con la fábrica de chocolate iba a pasar lo que pasa con los hijos, que hacen la primaria y el bachillerato en el pueblo, pero que para progresar salen de él hacia la universidad —el recuerdo es de Jairo Ortiz, vicepresidente de Chocaguán, que antes se oponía a que la fábrica navegara lejos de Remolinos.

Los cargamentos de chocolate que se tragó el río, lo que vale sacarlos de ese puerto hasta la capital del país, adonde insisten en llegar, terminaron por convencer a otros que también se resistían.

Hacer entender esto a la Junta de Acción Comunal, que se opone a dejar salir a Chocaguán de Remolinos —porque esta es “el símbolo del caserío”— es la nueva batalla en la que dejé a esos cacaoteros invisibles en Bogotá. Hombres y mujeres que en tierras muy lejanas

de la capital –a una hora de avión, tres y media de carretera y seis de río en lancha rápida– han batallado 20 años contra ellos mismos, y contra sus fantasmas, para cambiar la coca por el cacao.